

Las multitudes argentinas. ⁽¹⁾

I.—Significación de esta obra en nuestra cultura histórica. II.—Psicología colectiva y psicología de las multitudes. III.—Las interpretaciones de Ramos Mexía. IV.—Su aplicación á la historia argentina.

(1) Publicado en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, 1899.

I

SIGNIFICACIÓN DE ESTA OBRA EN NUESTRA
CULTURA HISTÓRICA

Desde que se difundieron las geniales intuiciones de Taine sobre la crítica de la historia y del arte, se tiende á considerar que la ciencia es un fenómeno social; su producción está subordinada á los múltiples factores que actúan en la evolución de las sociedades. El proceso genético del saber ya no es obra del azar ó del genio individual: pensadores, sabios y artistas forjan sus creaciones en función del medio. Cada sociedad humana lleva en su estructura y en su desarrollo mental la medida de sus posibles producciones intelectuales. La obra de un escritor tiene, pues, un valor representativo del ambiente en que aparece.

Esta conclusión, evidente para la sociología contemporánea, es un postulado de la psicología social; intuída ya por Pascal, en su notorio aforismo, ha sido confirmada en concepciones cada vez más claras de Vico, Spencer, Renan y Ardi-

gó, trasuntándose en modo vario en escritos de Fairbanks, Le Bon, Fouillée, Gumpowics, Kidl, Novicow, Worms, Tarde, Schaeffle y otros. Nos eximen de insistir en su demostración sus más recientes expositores: De Greef, Giner de los Ríos y Groppali. La doctrina tainiana se confirma al desdoblarse sus términos: las condiciones del medio determinan la constitución social y á cada sociedad corresponden ciertas maneras de pensar. Aceptado ese principio, en un sentido relativo y contingente, no es de extrañar que el florecimiento contemporáneo de las ciencias biológicas y sociales tenga una aplicación creciente en el estudio crítico de la historia humana.

Por estos motivos la aplicación del criterio científico á la interpretación de la historia argentina debe ser saludado como un síntoma de progreso en la cultura del país, aunque sus primeros pasos sean traspies y sus palabras suenen á balbuceo incipiente. Al mismo tiempo que señala el comienzo de una etapa en nuestra producción intelectual, es índice seguro de que las jóvenes sociedades americanas se preparan á contar como iguales entre las naciones civilizadas, no solamente por su producción agropecuaria, sino también por las inclinaciones de su mentalidad primeriza.

Además de ese valor representativo, *Las Multitudes Argentinas*, de Ramos Mexía, evidencia un serio esfuerzo para aplicar un criterio cien-

tífico al estudio de la evolución argentina; más ó menos fecundo—como veremos—, ese esfuerzo es poco frecuente en nuestro país. Si á ello se agrega que la obra pretende al mismo tiempo estar bien escrita—pretensión literaria que se justifica en muchas bellas páginas—, se explicará el interés que su aparición despierta en nuestros círculos intelectuales.

Por eso, y por el respeto que impone la vasta, aunque desordenada erudición que revela, se han batido palmas, merecidamente, á este nuevo trabajo del distinguido profesor, envidiablemente reputado por su labor asidua y eficaz. Sobre *Las Multitudes Argentinas* han florecido amistosas críticas, históricas las menos y literarias algunas; casi todas han señalado los méritos que, sin duda, la adornan, aunque sin señalar las deficiencias de la obra, que las tiene y grandes. Ellas aparecen si se la estudia con criterio científico, lo que es legítimo dada su pretensión de tal. Es un deber para los que piensan y estudian, aplaudir el talento y la cultura; también lo es señalar las lagunas de toda obra digna de consideración. Tales son los objetivos de la crítica científica, inconfundible con las banales laudatorias de los ignorantes que esperan se estará con ellos algún día á la recíproca.

La obra de Ramos Mexía merece ser detenidamente analizada por lo mismo que aspira á tener

proyecciones novedosas, sin dejarse sugestionar por ciertas elocuentes bellezas literarias con que el autor disfrazaba sus fundamentales lagunas científicas. Un estudio ligero nos dejará entrever si es ó no admisible el concepto general de la «psicología de la multitud» en ella aceptado; veremos luego cuáles son las opiniones particulares del autor sobre la materia; y, en fin, si es exacta ó forzada la aplicación que hace á la historia argentina.

II

PSICOLOGÍA COLECTIVA Y PSICOLOGÍA DE LAS MULTITUDES

En su «Introducción á la ciencia social» enunció Spencer, demostrándolo y aplicándolo á las sociedades humanas, este principio: los caracteres del agregado son determinados por los caracteres de las unidades que lo componen. En su contra habíanse observado, sin embargo, algunos fenómenos de psicología de los agregados humanos; Ferri los concretó en sus «Nuevos Horizontes» y los diferenció de los fenómenos de psicología social, bautizándolos en conjunto con el nombre de «psicología colectiva». Su entonces discípulo, hoy profesor, Scipio Sighele amplió la tesis, y en «La Folla delincente» intentó demostrar que el principio spenceriano, exacto cuando se aplicaba á agregados compuestos de unidades *homogéneas y ligadas entre sí orgánicamente*, perdía su fuerza al ser aplicado á agregados *poco homogéneos y poco orgánicos*, convirtiéndose en falso é impropio al ser aplicado á agregados *heterogéneos é in-*

orgánicos; en este último caso no habrían sido aplicables las leyes de la psicología social—ó sociología, en el concepto de Tarde—ni las de la psicología individual, sino las de lo que llamó erróneamente «psicología colectiva».

¿Cuál fué el criterio fundamental al iniciarse esta nueva disciplina científica? En todo conjunto de individuos—se dijo—reunido bajo ciertas condiciones, el sentimiento se adiciona y el pensamiento se excluye, tendiendo á surgir en el conjunto caracteres distintos de los que existían en cada individuo, por la combinación de lo que en ellos existe como fondo común, próximo al instinto.

Le Bon, en su afortunada «Psychologie des Foules», abordó la tesis con mayor amplitud de horizontes, y ahondando el estudio de las multitudes confirmó que ellas tuvieran una psicología especial; agudas observaciones agregaron otros, y recientemente A. Rossi ha estudiado con criterios más amplios el «alma de la multitud». De las doctrinas de Le Bon hizo una inteligente crítica V. Miceli.

¿Qué razones científicas cimentan la «psicología de la multitud»?

Dentro del concepto spenceriano—entendido en un sentido *relativo*, pues nadie discute que todo agregado social difiere, en cierto modo, de sus unidades componentes—puede incluirse este fenómeno: cierto número de individuos, sometidos á

la acción de iguales factores internos y externos, pueden tener caracteres psicológicos semejantes: de raza, de nacionalidad, de función social, etcétera. La existencia de caracteres psicológicos similares en determinadas colectividades debe constituir, en mi entender, la materia de las «psicologías colectivas», que guardan perfecta armonía con el principio spenceriano; y, así entendidas, encuadran perfectamente en la psicología social, de la que serían simples ramas. No es, pues, en esa psicología de colectividades donde debe buscarse la divergencia con el principio spenceriano. Es en la «psicología de las multitudes», entendida en el sentido limitado que debieron darle—pues veremos que no supieron dárselo—los que han asumido la tarea de estudiarla.

Los inventores de la «psicología de las multitudes»—y su distinguido glosador argentino—han olvidado establecer sus límites precisos con la «psicología social» y las «psicologías colectivas». Lo que es fácil.

El conjunto de creencias y hábitos mentales comunes á los componentes de una sociedad constituye la «experiencia social», estudiada por la psicología social; cada hombre, por el simple hecho de vivir en sociedad, adapta su personalidad á las creencias y costumbres de su medio. La asociación en la lucha por la vida se traduce en la representación mental colectiva por el sentimiento

de solidaridad social. Los individuos de una misma sociedad viven en constante «interdependencia» mental, como enseña Tarde; y en la evolución de una raza ó de un pueblo se forman naturalmente algunas características mentales comunes. No obstante poseer una mentalidad colectiva, toda sociedad presenta diversos grupos de individuos especializados para funciones heterogéneas: las clases sociales. Cada clase tiene caracteres mentales comunes; las inferiores piensan como los pueblos primitivos, sin que en este caso inferiores equivalga á gobernadas, pues en ciertas horas de la historia son ellas las que gobiernan por una transitoria transgresión de la selección natural. Además de dividirse en castas ó clases, las sociedades mejor organizadas tienden á especificar nuevas funciones: profesionales, políticas, religiosas, etc.; ello implica en los individuos un desarrollo de algunas aptitudes mentales comunes, constituyendo otros tantos aspectos particulares de la psicología social.

Las psicologías de raza, nación, casta, clase, profesión, etc., son «psicologías colectivas» encuadradas dentro del enunciado principio spenceriano.

La «psicología de la multitud», en cambio, es siempre una formación mental transitoria, cuyos caracteres difieren de los que se observan en aquellas, es una forma atípica de confluencia mental entre los componentes de un agregado; mientras en las primeras la mentalidad colectiva es un pro-

ducto de los caracteres individuales de los componentes, en la multitud fórmasse un resultado diverso y aun contrario al de esos caracteres.

Hay, pues, un error en confundir la psicología de la multitud con las psicologías colectivas, pues la primera es una resultante que contradice á la segunda. Esa circunstancia hasta ahora no ha sido claramente enunciada por los especialistas más ó menos entusiastas de la doctrina y escapó también á la observación del autor de *Las Multitudes Argentinas*. Adoptada por Ramos Mexía como base eficiente para explicar ciertos episodios de nuestra evolución histórica, comencemos por establecer su valor como hipótesis de estudio.

Ya que se plantea una «psicología de las multitudes», la crítica científica tiene derecho á formular tres preguntas: 1.ª ¿Qué es una «multitud»? 2.ª ¿Cuáles son sus características psicológicas? 3.ª ¿Cómo se las clasifica? Parece evidente que quienes han estudiado esa nueva disciplina, pretendiendo, con amoroso entusiasmo paternal, asignarle una importancia y proyecciones que distan de estar comprobadas, deberían tener criterios fundamentales, concretos, uniformes, definidos, acerca de la entidad psicológica que llaman «multitud».

Sin embargo, eso es precisamente lo que aun no tienen.

1.º Le Bon—y le daremos preferencia porque en su libro ha tomado Ramos Mexía la idea car-

dinal de su obra—dice que la significación de multitud difiere psicológicamente de la significación vulgar. «En ciertas circunstancias especiales, y solamente en ellas, una aglomeración de hombres posee caracteres nuevos muy diversos de los individuos que componen esa aglomeración.»

Y agrega que mil individuos pueden estar reunidos accidentalmente en una plaza, sin constituir psicológicamente una multitud; mientras que un pequeño número de personas pueden constituirla, aunque no se encuentren materialmente reunidas. Luego para existir multitud no se requiere número ni contacto, pero sí «es necesaria la influencia de ciertos excitantes, de ciertas emociones violentas».

Le Bon, sin embargo, no determina la índole de esas «circunstancias especiales», «ciertos excitantes» y «ciertas emociones» que determinan la transformación de un conjunto de individuos en multitud psicológica.

En verdad resulta poco científico bordar los caracteres de una «multitud» que no se define con claridad; pero sería tarea muy ardua determinar la naturaleza, la intensidad, las modalidades, la duración de esas «circunstancias, excitantes y emociones», que pueden engendrar una mentalidad común entre individuos que pueden estar á distancia unos de otros. Por otra parte, como ha observado Miceli, los sentimientos que determinan la formación psicológica de una multitud pueden existir normalmen-

te en las psiquis individuales ó ser nuevos en ellas: en el primer caso, debería fijarse el momento en que los sentimientos llegan al grado de intensidad necesario para que los individuos se transformen psicológicamente en multitud; además, ¿cómo se se especificarían cuáles son, entre los excitantes que normalmente actúan sobre un agregado, aquellos que engendran caracteres nuevos produciendo su transformación en multitud? De todo esto resulta que el concepto psicológico de la multitud no ha sido aún planteado con rigor científico; el éxito rápido de los libros que pretenden haberla estudiado puede atribuirse á la novedad y á cierta sugestión simpática que esta hipótesis psicológica ejerce sobre la imaginación.

Si se tiene en cuenta que, en este punto, Sighele y los demás han adelantado poco sobre los vagos criterios de Le Bon, encontramos que el concepto fundamental de la multitud no está aún, psicológicamente, bien definido.

2.º Admitida un «alma de la multitud» ocurre investigar cuáles son sus características psicológicas, según los que la han estudiado; se encuentra, al respecto, una incoherencia y una anarquía no menores. Mientras para algunos hay en ella rebajamiento intelectual, mentalidad infantil ó femenina, alma salvaje, basados en el instinto y el atavismo, excluyendo toda posibilidad de elevación intelectual, para otros sucede precisamente lo contra-

rio. Ferri censura á Sighele por no haber admitido que en ciertos casos el pensamiento de la multitud es elevado y orientado por el de los hombres superiores que la influncian, admitiendo que en la multitud, así como nace una nueva moralidad—buena ó mala, cruel ó heroica—nace también una nueva intelectualidad generalmente inferior, como observa Nordau, pero no siempre y necesariamente inferior. Al concepto—considerado fundamental—de que «sumarse es rebajarse» puede oponerse que toda la evolución social no es, en síntesis, más que un proceso creciente de asociación y cooperación, sin el cual no se explicaría la civilización humana. Con razón, pues, considera Ferri que el criterio adoptado es falso y unilateral, y que la única conclusión positiva es que «la colectividad hace más intensa toda manifestación psíquica»; no diversa, ni mala, necesariamente, como se pretendiera. Hemos, pues, en presencia de otra grieta en el artificio so edificio psicológico de la multitud: este último concepto encuadra en el principio spenceriano sobre los caracteres de los agregados; y entonces no se tendría ya una verdadera psicología propia de la multitud, sino un fenómeno sencillo de «psicología colectiva», tal como la hemos determinado.

3.º La clasificación de las multitudes cuenta á su favor la realización de buenos esfuerzos; se estrellan, sin embargo, en la falta de determinación del concepto de la multitud.

Sighele, en su primera publicación, consideraba á los agregados humanos como pudiendo ser orgánicos é inorgánicos, intentando demostrar que un agregado se alejaba tanto más del principio spenceriano, y por consiguiente de las leyes de la sociología, cuanto menos orgánica era su constitución, entrando tanto más en el dominio de la psicología colectiva (entiéndase: de la multitud). La multitud, decía, «es un agregado de hombres heterogéneo por excelencia» y «por excelencia inorgánico»; sin embargo, él mismo afirma también que para existir multitud es necesario que entre los individuos existan vínculos permanentes y orgánicos, lo cual implica una flagrante contradicción.

Esa falta de un criterio definido le lleva á considerar como objetos de la psicología colectiva (*ut supra*) todos los agregados de individuos humanos: desde la multitud, ocasionalmente formada é inorgánica, hasta el Estado, lenta elaboración de instituciones políticas y sociales, eminentemente organizado.

Le Bon, en apariencia con más acierto, dividió las multitudes en homogéneas y heterogéneas. Entre las primeras clasificó las anónimas (verbigracia, multitudes de calle, incidentales) y las no anónimas (v. gr., asambleas parlamentarias); entre las segundas distinguió las sectas (políticas, religiosas, etcétera), las castas (militares, sacerdotales, etc.), y las clases (nobleza, burguesía, proletariado). En

primer término, puede observarse que es impropio aplicar el nombre de multitud á cualquier conjunto de hombres : de esa manera pierde todo valor como representación de un estado psicológico especial, fracasa el «alma de la multitud»; además, el autor olvida el carácter, considerado como fundamental para que exista multitud, de que se produzcan en el agregado caracteres distintos de los que existen en las unidades componentes. Sin eso falla la doctrina ; con eso no se puede considerar multitudes á todos los agregados de individuos, como hace Le Bon en su clasificación. Tampoco es inexplicable que este autor clasifique á las sectas entre las multitudes homogéneas y á los Parlamentos entre las heterogéneas, siendo así que hay mayor afinidad y semejanza psicológica entre los individuos de estas últimas que entre los de las primeras.

Indudablemente, el concepto de multitud, diluído por Le Bon en todos los agregados de individuos, pierde su carácter inicial y desaparece como entidad psicológica, para aproximarse á su significación vulgar. Y así como es posible pensar que en la multitud callejera pudieran existir nuevas resultantes psicológicas, lo es menos cuando se pasa al terreno de las multitudes homogéneas que se subordinan progresivamente al principio spenceriano.

Por eso Tarde, con mucha agudeza, consideró necesario separar las multitudes de las asociaciones

y de las corporaciones : criterio sensato y acertado que no han seguido los estudiosos de la psicología de la multitud.

Todo esto—y otras razones que omitimos—autoriza á suponer que mientras se continúe englobando á las multitudes con los agregados organizados, no disminuirá la confusión y no será posible definir, caracterizar ni clasificar las multitudes con exactos criterios psicológicos y científicos (1).

Tal es la teoría importada por Ramos Mexía : deficiente, sin coherencia, indeterminada. Veamos si el trasplante ha sido provechoso ó estéril, claro ó nebuloso.

(1) Debe tenerse presente la fecha de publicación de este ensayo (1899) á los efectos de la información bibliográfica, que en la actualidad resulta incompleta ; el autor ha preferido no modificarlo, limitándose á muy ligeras correcciones de estilo.

III

LAS INTERPRETACIONES DE RAMOS MEXÍA

Comencemos por observar que Ramos Mexía no expone una nueva concepción de la psicología de la multitud. Ha sido sugestionado por las ideas de Le Bon, cuya influencia, en ciertos casos, es evidente; él mismo lo reconoce con loable probidad. Y se explica. La psicología de las multitudes tiene ese atractivo que da á la pseudo-ciencia la pseudo-literatura, permitiendo cierto vuelo imaginativo en las labores áridas de la investigación: la historia se convierte en un novelesco mosaico de hechos coadaptados para justificar hipótesis más bonitas que verdaderas. Un espíritu como el de Ramos Mexía, más artista que científico, no podía menos que aceptar con entusiasmo una teoría de esa índole; no advirtió siquiera que aplicar á las multitudes argentinas de hace un siglo una doctrina fundada en la observación de multitudes europeas contemporáneas, le exponía á violentar los hechos para encajarlos en premisas preestablecidas sin una base de

experiencia. Ramos Mexía no se ha detenido á pensar que su obra necesitaba, ante todo, resolver tres puntos: definir su concepto de la multitud, determinar su formación y sus caracteres, establecer una clasificación científica de las multitudes. Sobre esos cimientos habría podido edificar una psicología de las multitudes argentinas, estudiando principalmente la importancia de su papel histórico.

Ese defecto inicial es, sin duda, la causa de las vaguedades, confusiones y contradicciones de que el libro está sembrado, y que se repiten, invariablemente, cada vez que el autor desflora alguno de esos puntos fundamentales.

Ocurre, ante todo, pensar si estamos realmente en la «era de las multitudes». El autor afirma que siempre las ha habido, pero admite que su importancia tiende actualmente á ser mayor; lo mismo, más ó menos, piensa Le Bon. ¿No sería más lógico admitir que de una primitiva forma colectiva de la actividad social se pasó á la obra aislada del genio individualizado, tendiendo ahora nuevamente la colectividad á desempeñar el papel principal? Esta idea, intuída por Ferrero y aceptada por Rossi, podría considerarse como una simple aplicación de la ley de regresión aparente de Dramard.

Falta en *Las Multitudes Argentinas* la caracterización psicológica de las mismas. Ramos Mexía las engloba á todás y en ciertos casos llama multitudes á agregados que no pueden serlo; eso, unido

á la falta de un concepto fundamental, hace incomprendible su multitud como entidad psicológica. Sin entrar en un análisis demasiado prolijo, que extendería excesivamente esta crítica, señalaremos algunos errores, contradicciones y nebulosidades, que comprueban el aserto anterior.

Encuétrase que el nombre de multitud es sucesivamente aplicado á la clase social pobre (pág. 48), al grupo de individuos del que más tarde surgirá una secta (pág. 49), á toda la población de Entre-Ríos «que vivía en estado de multitud» (pág. 236), á toda la población de la campaña (págs. 203 y 204), á ciudades enteras, pues «casi todas las capitales vivían en el estado de tímidas multitudes» (página 243) á las milicias mal organizadas, pues «quien dice milicia dice multitud» (pág. 54). Y, como si esas concepciones verdaderamente caóticas no bastaran para impedir que el lector se forme una idea clara sobre las multitudes, Ramos Mexía confunde mil veces multitud con pueblo, con masa popular, y en las circunstancias menos disculpables.

En efecto, el autor comienza por reconocer con exactitud que «la multitud no es lo que llamamos por lo común *el pueblo*» (pág. 115); aunque agrega, poco acertadamente, con el propósito de aclarar el concepto de la multitud, que «es más bien el conjunto de individuos en quienes la sensibilidad refleja supera á la inteligencia, y que en virtud de esa disposición especial se atraen»; tomando esa disposi-

ción especial, que es un carácter de la reunión de individuos en multitud, como factor genético de su formación.

Pero en otras páginas del libro se encuentra (página 193) que «la Revolución es la obra más *popular* de la Historia y la menos personal de la América latina», queriendo evidentemente decir con eso que es la obra de la multitud; al hablar de las cualidades de «la multitud argentina, etc.» (pág. 200), se refiere evidentemente á las cualidades del pueblo argentino; en otra parte (pág. 189) incurre en lo mismo, diciendo que «las grandes victorias y la mayor influencia política es obra exclusiva del elemento popular, etc.»; y para terminar con esta enumeración de citas, que pudiera alargarse en otras partes del libro (pág. 48), la multitud sería simplemente «el esfuerzo común, la asociación de los iguales y de los que nada pueden solos».

Desde otro punto de vista, el lector se encuentra con que el Cabildo (págs. 50 y 51) nace del grupo y es más multitud que él, «porque es de un nivel intelectual más uniforme, aunque más mediocre», tomando erróneamente un efecto por causa. Y agrega: «Por eso ya es más multitud, ya es más *pueblo* que aquél», incurriendo en la confusión anteriormente señalada. Mayor confusión todavía se encuentra en la página siguiente (52), donde se afirma que por motivos de rebeldía «el Cabildo fué la

primera expresión de la colectividad, acabadamente organizada en multitud».

Incurriendo en el mismo error que Le Bon, dice de la Audiencia (pág. 67) «que, como todo cuerpo colegiado de esta clase, entra dentro de las multitudes heterogéneas», siendo ese precisamente, como lo hemos indicado, uno de los errores de la clasificación de aquél; además, olvida Ramos Mexía que no tiene derecho á hablar de multitudes homogéneas ó heterogéneas, puesto que en ninguna parte de su libro se ha preocupado de decir qué significa eso con relación á las multitudes en general, y especialmente á las argentinas. Y para mayor evidencia de esta laguna de la obra, hablando de la Junta (pág. 137), afirma que, por su composición, «fué un ejemplo vivo de multitud homogénea», olvidando que sería más bien una «multitud heterogénea, no anónima», según la clasificación de Le Bon, que el mismo Ramos Mexía acepta y sigue implícitamente al hablar de la Audiencia. Para cerrar esto de los grupos y las multitudes, el autor, refiriéndose á los esfuerzos que produjeron la Revolución, cree que fueron «primero aislados, luego en grupos y, por fin, colectivos de multitud», lo que significaría que los grupos no son colectividades ni multitudes.

El autor cree encontrar un fenómeno de índole especial en la intervención de grupos de ladrones y rateros en la determinación de ciertas multitudes; olvida que su rebeldía contra las autoridades, su es-

píritu de indisciplina y de independencia es un factor que los ha hecho colocarse en las filas del pueblo, siempre que éste ha luchado revolucionariamente por una reforma social ó política; Lombroso ha establecido bien el génesis psicológico y social de este proceso en un bello estudio sobre la función social del delito. Eso confirma, en Ramos Mexía, una tendencia apriorista á subordinar todos los fenómenos de nuestra historia, los grandes lo mismo que los de detalle, al fenómeno «multitud».

Divide, sin necesidad, á las multitudes en dinámicas y estáticas (pág. 314), con criterios erróneos; y, lo que es más grave, pocas páginas más adelante (pág. 335) las divide nuevamente en dinámicas y estáticas de una manera por completo distinta, pero también errónea: el solo hecho de que existan dos criterios diferentes, prueba que ninguno de los dos tiene fundamentos serios. Y no le servirá como disculpa este curioso hecho: todos los que han querido estudiar las multitudes, desde el doble punto de vista dinámico y estático, han tomado el asunto de tan diferente manera, que, en síntesis, no existe un criterio uniforme, ni siquiera aproximado, á ese respecto.

¿Cuál es el carácter de esos agregados de individuos—indeterminados todavía—que se llaman «multitudes argentinas»?

El autor dice que «la multitud se organizaba con frecuencia obedeciendo á una fuerza que ve-

nía de lejos, empujándola hacia destinos que desconocía»: la misión de Ramos Mexía, ¿no debió ser precisamente la de estudiar esas fuerzas que empujaban á la multitud, dándole vida y empujándola hacia destinos que desconocía? Sin embargo, eso no se encuentra en su obra.

Por el contrario, el espíritu del lector sale mareado por ciertas contradicciones muy serias sobre el carácter de nuestras multitudes.

Parece, algunas veces, que el autor quisiera vindicarlas, como cuando afirma que «porque haya colaborado ó producido hechos condenables, no quiere decir que fuera menos eficaz como agente de remotos beneficios en la economía de este organismo» (pág. 6). En otras ocasiones se tropieza con juicios como el siguiente: «si el hombre moderno de las sociedades europeas, que aislado es culto y moderado, se muestra tan bárbaro cuando constituye muchedumbre, ya os imagináis cómo serían las multitudes americanas formadas por ese elemento más instintivo y violento, más sujeto á los entusiasmos y á los heroísmos de los seres primitivos. Si la muchedumbre europea es tan impresionable y sensorial, tan imaginativa hasta dejarse frecuentemente arrastrar á la comisión de actos contra sus propios intereses y sus hábitos conocidos, ¿qué no serían estas nuestras informes colectividades, sin el secreto de la fuerza de inercia que da la civilización acumulada inconsciente-

mente en el cerebro!» Y después de esa invectiva encontramos cien veces al autor entusiasmado, apasionado por su multitud, diciéndonos (página 73) bellas cosas de «el alma de la multitud, que es la fautora de las fundamentales modificaciones, la que se va á sentir grande y poderosa, de irresistible influencia, etc.», después de haber derrotado á los ingleses; otras veces (pág. 62) su entusiasmo le hace ver la «misión transcendental» de la multitud, de la que ella misma no posee pleno sentimiento, misión que cumplió cuando «en ciertas épocas, como en los primeros días del período revolucionario, fué soberana y omnipotente» (página 2).

Los sensitivos, los neuróticos y sus similares, constituirían los principales núcleos de la multitud (pág. 8); y una sensación que les roce apenas la superficie, basta para hacerlos vibrar «en la vigorosa impulsividad que es la característica de todas las muchedumbres». Aparte de ser inexplicable que una muchedumbre de debilitados nerviosos pueda producir una impulsividad «vigorosa», no se explica por qué ella debe ser una característica de todas las muchedumbres. En el público de un gran teatro, ó en una Sociedad de Beneficencia (que serían, respectivamente, según Le Bon, una multitud heterogénea y anónima, y una multitud homogénea) no se sospecha la existencia de una vigorosa impulsividad. ¿O no son multitu-

des? Y entonces, ¿qué actitud asumir ante este armatoste levantado sin método científico sobre la psicología de la multitud?

Fuera injusticia, sin embargo, no felicitar al autor por la bella é ingeniosa concepción del *hombre-carbono*; es, sin duda, un expresión metafórica apropiada para evidenciar las condiciones de afinidad que considera indispensables para que un hombre sea apto para formar parte de una multitud. Ninguno de los otros sociólogos y psicólogos que han estudiado estos problemas ha encontrado una analogía tan sugestiva y tan hermosa.

La revolución argentina sería obra exclusiva de la multitud, pues han faltado los jefes y «aquí la multitud, que es función y expresión de las fuerzas y aptitudes colectivas, se organiza con facilidad ante cualquier emergencia; hay, como dije antes, constante *inminencia de multitud*». Si fuera verdad que en la psicología nacional existe esa aptitud especial para la formación de multitudes, debírase lamentar profundamente, puesto que sería un índice de absoluta inferioridad psicológica, según el mismo concepto esencial de la psicología de la multitud, por el cual el pensamiento se excluye y el sentimiento se adiciona. De ser así—y no puede ser de otra manera—no se explica que Ramos Mexía vea con sentimiento, al fin de su libro, la ausencia de multitudes en nuestros días, considerando el hecho como un signo de relajamien-

to de la conciencia popular; y menos aun se explica su afirmación de que «la multitud es función democrática por excelencia, etc.» (pág. 312), á menos de considerar la democracia como cosa muy mala... ó de creer que en la multitud se eleva el nivel de los componentes.

Estas indecisiones é incertidumbres respecto del carácter de las multitudes arrastran al autor á hacer suposiciones muy poco científicas: así en cierta circunstancia el autor se pregunta si no será la fuerza psíquica (pág. 312) «el agente principal de los prodigios que suele verificar la multitud...» (1); y para coronar esa suposición con otra, dice (pág. 240) seriamente que «la multitud, con aquellos flúidos ódicos de que hablaba el barón de Reichembach, ó con algo parecido que debe tener, etc.». Mucho tememos que monsieur Le Bon sonría maliciosamente al leer esas líneas.

Ramos Mexía considera que «se necesitan especiales aptitudes morales é intelectuales, una peculiar estructura, para formar parte, para identificarse con la multitud, sobre todo», y considera que en eso estriba su divergencia con Le Bon (página 10). En general, no todos los hombres—dice—pueden llegar á formar parte de una multitud: entre nosotros la compondría solamente «el individuo humilde, de conciencia equívoca, de inteligencia vaga y poco aguda, de sistema nervio-

so relativamente rudimentario é ineducado, en suma, el hombre cuya mentalidad superior evoluciona lentamente, quedando reducida su vida cerebral á las fuerzas instintivas». Afirmación contradictoria á cada paso por hechos que el mismo autor cita y que, en masa, se sintetizan en esta contradicción latente en todo el libro: ó no es verdad que todo el pueblo ó fracciones enteras, provincias ó capitales, vivieron en estado de multitud; ó para ello se requirió que todos los individuos tuvieran esa lamentable psicología que acabamos de transcribir, y no se necesitan «especiales aptitudes», como afirma Ramos Mexía.

Otras observaciones podrían hacerse acerca de las relaciones entre la psicología individual y la psicología de la multitud. Ejemplo: el afirmar que «por la sola circunstancia de formar parte de las multitudes el hombre desciende á veces muchos grados en la escala de la civilización» (página 5), no puede armonizarse con que el hombre al salir de la multitud vuelve á su «modesta» situación de hombre común (idem); no se comprende que esta situación sea más modesta que la del hombre en multitud, cuando todo induce á suponer lo contrario.

Aquí también deben señalarse los malos resultados del apriorismo; si el hombre de la multitud no es tal sino cuando forma parte de una multitud, no se explica cómo se puede ver una ma-

nifestación de ella en los individuos de condición plebeya que trajeron á Home Pophan, quien así aparece «misteriosamente conducido por la mano de la multitud» (pág. 79).

Parece que la teoría deficiente de Le Bon no puede sino desorientar el espíritu del estudioso que la toma como rumbo fundamental de una obra; y duele ver que reputaciones como la de Ramos Mexía se aventuren en acrobatismos sociológicos que no pueden ser beneficiosos; máxime cuando se trata de enrolarse como discípulo, teniendo, como nadie podría negarle, condiciones óptimas para crear obra propia y fecunda.

Y conste que las ideas de Le Bon están aplicadas de una manera vaga y poco científica: á cada paso se confunde la multitud en su significación vulgar, con la multitud en su significación psicológica; de esa manera, Ramos Mexía olvida á Le Bon y empeora su teoría.

IV

SU APLICACIÓN Á LA HISTORIA ARGENTINA

Además de ser susceptible de una crítica científica general, *Las Multitudes Argentinas* lo es por los métodos que sigue como obra histórica. O, más bien dicho, por la ausencia absoluta de método: más tiene de fantasía artística que de ensayo sociológico.

La evolución del pensamiento científico no ha sido uniforme. Los progresos de las disciplinas históricas—que cuando llegan á ser científicas tienden á confundirse con la sociología—no han corrido parejos con el desenvolvimiento de las ciencias físicas y biológicas. La razón es obvia: en la evolución universal, los fenómenos sociales ocupan un sitio posterior á los fenómenos de orden cósmico, geológico y biológico. El estudio del hombre en sus fenómenos más evolucionados, es decir, en su psicología individual y social, es necesariamente posterior al estudio de los fenómenos físicos

y biológicos que preceden su génesis y sus transformaciones.

El devenir de la historia ha sido progresivo, como el de todos los ramos del conocimiento humano. Bernheim ha resumido la cuestión, distinguiendo en ella tres fases principales. La primera, narrativa ó expositiva, trata simplemente de exponer los hechos ocurridos. La segunda, instructiva ó pragmática, coordina la narración de los hechos de tal manera que converjan á la demostración de una tesis determinada; á menudo es unilateral. La tercera, evolutiva ó genética, intenta explicar el determinismo del fenómeno histórico, su significación y sus relaciones con los otros fenómenos antecedentes, concomitantes ó consecutivos. La primera sólo se ocupa de los datos y relaciones extrínsecas de los hechos; la segunda, de las intrínsecas; la tercera de ambas por igual. La *historia evolutiva ó genética* es ya una sociología; pero es necesario que ésta se convierta en una *historia natural*.

Las concepciones de la historia han sido falsas durante muchos siglos, no advirtiéndose que ella debía consignar simplemente *la evolución de una especie animal en un ambiente propicio á su existencia y reproducción*.

De las interpretaciones mitológicas, propias de todos los pueblos primitivos, se cayó en sistemas teológicos ó místicos, igualmente absurdos; Bos-

suet fué su más genuino representante. Más tarde florecieron las teorías individualistas de la historia, pretendiendo que ella era simple resultado de la inteligencia y la voluntad de pocos hombres geniales; ese criterio fué extremado por Carlyle, Emerson y Macaulay, generando otro error: la historia biográfica. Contra ella surgieron historiadores y filósofos de valer, considerando erróneo atribuir demasiada influencia á los héroes y hombres representativos, no siendo éstos más que el producto natural del ambiente en que aparecen, condensadores de necesidades y aspiraciones que están en todo el pueblo; Buckle y Taine pusieron cimientos sólidos á esta nueva escuela. Pronto se observó que todas esas teorías eran excluyentes ó aprioristas. La historia no podía enquistarse en ninguna de esas concepciones ni debía permanecer ajena á la canalización de la ciencia contemporánea en el amplio cauce del evolucionismo determinista. Después de la aplicación genial hecha por Laplace á los fenómenos cósmicos, por Lyell á los fenómenos geológicos, por Lamarck y Darwin á los fenómenos biológicos, Comte y Spencer ensayaron su aplicación á los fenómenos sociales. Ya en las intuiciones de Schelling, Hildebrand, Guizot, Thierry, Quételet, Thomson, Morgan, Buckle, Taine y otros, se había comenzado á comprender que el hombre era, ante todo, un animal vivo, con necesidades materiales que debía satis-

facer tomando su subsistencia en el ambiente donde vivía. Ese criterio puso de relieve el aspecto económico de la evolución histórica, formulándose en algunos ensayos de Marx y Engels, hasta adquirir caracteres de sistema en las obras de Loria.

El autor de *Las Multitudes Argentinas* no puede ignorar que algo se ha marchado hacia la síntesis interpretativa de la evolución de la especie humana, antes objeto de la filosofía de la historia y hoy de la sociología. Un progreso innegable nos separa de las primeras interpretaciones teológicas, y de todos los sistemas puramente metafísicos que las siguieron; entre ellos incluimos por igual las concepciones idealistas ó intelectualistas, á la manera de Hegel ó Comte, y las teorías caratuladas de materialistas como las difundidas por Buchner, Moleschott ó Vogt. Todas ellas fueron concebidas fuera del método científico, todas fueron abstractas: iban de la inteligencia al fenómeno y no del fenómeno á la inteligencia. En esto la filosofía positiva y la sociología naciente no pudieron substraerse del todo á la influencia de los métodos y tendencias filosóficas que las precedieron.

Pero la sociología no se detuvo allí. El estudio de la evolución humana se ha iniciado con métodos más seguros, aunque desde puntos de vista parciales. Cada escuela, cada autor, ve una faceta de su prisma complejo y se inclina á subordinarle

todas las demás. Así, Buckle, sin desprenderse de cierto intelectualismo, subordina la evolución histórica á las influencias del medio físico; otros, como Kidd, y en parte Le Bon, consideran fundamental el fenómeno religioso y sus transformaciones; Demoulin da influencia máxima á la topografía, creando la sociología geográfica y viendo en los grandes caminos sociales las causas de los tipos sociológicos; Ardigó entiende que lo esencial en la historia humana es la evolución del fenómeno jurídico; otros lo subordinan todo á la raza y á la lucha por la vida, como Lapouge ó Gumpłowicz, ó bien al factor antropológico, en diversos sentidos, como Simmel ó Folkmar, etc. En fin, dos vastas escuelas disputan en la sociología moderna. Por una parte los organicistas, cual Spencer, Worms, Lilienfeld, Schafele y Novicon, empeñados en considerar las sociedades humanas como organismos y pretendiendo aplicarles analógicamente las leyes de la biología; por otra parte los economistas, como Rodgers, Marx, Loria y De Molinari, que intentan reducir la sociología á problemas de economía política.

¿Se equivocan todos? Probablemente, aunque algunos más que otros. Pero cada uno ha aportado materiales serios á la obra total: éste un grano de arena, aquél un sólido bloque de granito ó una columna poderosa. Por esto la ciencia de la historia, sin ser aun como la química ó la cosmogra-

fía, es mucho más que una alquimia ó una astrología. Sus leyes más generales convergen á demostrar la concurrencia del medio y la raza en la evolución de los pueblos, sometida siempre á un riguroso determinismo.

En esta concepción científica de la Historia, cada fenómeno social es un producto determinado por múltiples condiciones ambientes; lo cual implica la necesidad de reconstruir en torno suyo las circunstancias determinantes que le rodearon, si se quiere llegar á hacer su historia genética. Para ello es necesario estudiar los tres medios que normalmente influyen sobre el desenvolvimiento de las sociedades humanas, determinando su historia: medio cósmico (geología, geografía, meteorología, riquezas naturales, etc.), medio social (instituciones económicas, políticas, jurídicas, religiosas, educación, arte, inadaptabilidad de las instituciones al ambiente cósmico, etc.), y medio individual (raza, cultura, creencias, inadaptabilidad del carácter individual á las instituciones, etcétera): factores naturales, sociales y psicológicos. Es sabido que en la evolución social, los primeros son modificados por los segundos, que influyen también poderosamente sobre los últimos, tales son las conclusiones sociológicas más armónicas con los hechos.

Hacer historia de las sociedades humanas—y en el caso especial de Ramos Mexía, de cierta mo-

alidad y época de la sociedad argentina—sin tomar en cuenta esos tres grupos de factores, no es posible. Ellos han influido en el génesis, las modalidades y la evolución de las multitudes argentinas; si no han sido debidamente estudiados, su estudio resulta incompleto, desde su punto de vista especial, al mismo tiempo que la unilateralidad de criterios generales limita el valor de la obra histórica.

Al través de ese prisma, *Las Multitudes Argentinas*, de Ramos Mexía, resulta una reconstrucción grande y hermosa, pero incompleta; el talento y la ilustración no han podido compensar la deficiencia original: tesis forzada y falta de método científico.

a) En esta obra la historia argentina aparece en ciertos momentos como la resultante de un vasto proceso de combinación y descomposición de factores psicológicos que, conglutinados en la entidad «multitud»—en sentido ora psicológico, ora vulgar—, serían los resortes exclusivos de la formación y evolución de la nacionalidad argentina. Las modernas tendencias científicas de la Historia tienden, en cambio, á demostrar que las condiciones del ambiente económico, determinado por la capacidad productiva de los grupos sociales en armonía con las condiciones preexistentes del ambiente natural, moldean los caracteres morfológicos de la sociedad é influyen de manera primor-

dial sobre la psicología de los individuos y de las colectividades, lo mismo que sobre la de las multitudes.

b) No puede hacerse historia teniendo como objetivo la demostración de una tesis apriorista: es, como hemos dicho, ir de la idea á los hechos, y no de los hechos á la idea. La hipótesis es de utilidad discutible en Historia; y admitiéndola, debe tratarse de aplicarla sin olvidar que es una hipótesis y no una verdad comprobada.

En la obra de Ramos Mexía la Historia está desarticulada y mutilada con el propósito de subordinarla al fenómeno multitud; el autor la ha fundido en su crisol intelectual para volcarla luego en el molde apriorista que permitiría presentarla con los caracteres deseados.

El apégo á su tesis le ha deformado la visión, haciéndole ver macroscópicamente el papel de las multitudes en la historia argentina; por eso, en muchos casos, le atribuye hechos y misiones transcendentales que, en rigor, no le corresponden.

c) No es posible hacer historia con criterios científicos cuando los sentimientos entran á participar de las tareas que solamente corresponden á la inteligencia: para los fines de la integración del conocimiento, el proceso debe ser exclusivamente intelectual, pues los elementos sentimentales son una niebla interpuesta entre el ojo que mira y el objeto mirado. Ramos Mexía, en muchas

páginas de su obra, abandona la serena imparcialidad del estudioso, unas veces para entregarse á los entusiasmos que sus multitudes le inspiran, y otras para juzgar con indiscutible parcialidad hechos y fenómenos que le son personalmente antipáticos.

d) *Las Multitudes Argentinas*, aunque resulta una obra principalmente narrativa—y en este género tiene páginas admirables que difícilmente serán sobrepujadas—pudiera haber sido una obra de carácter pragmático, dado su esfuerzo de convergencia histórica hacia la intensificación del papel de la multitud; pero su mismo carácter de introducción á un extenso estudio sobre «Rosas y su tiempo», le impide inducir enseñanzas para la vida de éste ú otros países. Es superfluo insistir en que no es una obra genética, porque siendo unilateral—(a)—no basta para dar la clave del origen y evolución de los fenómenos de nuestra historia. Y tan es así, que algunos de los que se han ocupado de esta obra, señalan la inmensa laguna que deja el olvido del estudio de los factores económicos en el génesis, la acción y la evolución de las multitudes argentinas.

¿Cómo han nacido nuestras multitudes? Acaso la influencia de los frailes insubordinados, de los brujos y herejes de toda índole, sea importante; pero ¿puede serlo tanto como lo cree Ramos Mexía? En tales insubordinaciones y rebeliones

hay algo más que esa influencia: es la angustiosa situación en que las autoridades españolas mantenían á la masa de la población nativa; muchos de esos disturbios populares se inician como protestas contra impuestos ó contra los encargados de percibirlos, y el espíritu de rebelión nace como producto de reacción contra la expoliación económica que pesaba sobre el pueblo. «La idea de la independencia no nace de repente ni *cae* como un arolito», observa justamente el autor, limitándose á señalar el desarrollo paralelo de esa idea con la aparición de las primeras multitudes. Sin embargo, los dos fenómenos paralelos no son sino las resultantes de un hecho de otra índole—el desarrollo económico de las colonias—, que, por una parte, tiene su repercusión en la mente de los criollos y da vida á la idea de la posible emancipación, y, por otra parte, se presenta en la vida social como exteriorización de esa idea naciente, en el terreno de los hechos. Esta importancia de la situación económico-social de los nativos la encuentra muchas veces el autor, sin detenerse á estudiarla, cegado por el resplandor de su multitud; el levantamiento de Tupac-Amarú se proponía, entre otras cosas, «la regularización de un Gobierno rapaz» (página 45); el Cabildo es una entidad eminentemente económica (pág. 51); y, si no fuera inoportuno, nada más fácil que demostrar la base económica de la evolución de la idea de la indepen-

dencia, evolución que el autor se complace en clasificar como teosófica (?), municipal y política.

Ramos Mexía sabe que en las clases pobres de la colonia se acentuaba el antagonismo entre nativos y españoles (pág. 74), pero no nos dice que el antagonismo era un resultado de la conciencia de su pobreza, de su desigualdad económica; y más adelante (pág. 76) señala, sin atribuirle mayor importancia, que «la clase baja se desenvuelve en una lucha tenaz contra las más elementales necesidades de la vida, y combate contra el mismo señor del poblado que la persigue y le toma las tres cuartas partes del producto de su trabajo»; y, más adelante aún, advierte que la revolución no germina en las clases superiores, sino «en el seno de las clases medias y menesterosas». Lo cual, á todos los que no quieren *multitudizar* la historia argentina, evidencia que las primeras rebeliones populares fueron resultantes de la situación económica, en primer término, aunque no exclusivamente.

La masa popular anónima tuvo un papel de primer orden en las invasiones inglesas: este es uno de los puntos verdaderamente demostrativos de la obra de Ramos, aunque su aserto de que entonces el pueblo no tuvo «meneurs» (pág. 84) está desmentido por el otro de que tres hombres del pueblo se pusieron al habla para organizar la reconquista (página 81). Esos tres hombres son «meneurs» y

característicos: salidos de la multitud, interpretan sus sentimientos y viven de su vida, desapareciendo con ella. Esta página abunda en sugestivas bellezas.

La figura histórica de Liniers está muy bien presentada y tratada; quizá pudiera haber sido un poco más verdadera. Y—aunque fuera del propósito de este artículo—no es posible dejar de aplaudir con efusión las condiciones literarias de la preciosa reconstrucción de las invasiones inglesas.

La multitudes de la emancipación tienen también un papel importante, pero obedeciendo siempre su acción á los poderosos factores señalados. La revolución era fatal, es verdad; pero no porque persistiera la multitud á pesar de la caída de los hombres «meneurs» (pág. 151), sino porque persistían las causas económico-sociales que eran el substratum de la idea de la emancipación política y económica.

La participación de las masas populares en la acción de los primeros ejércitos es inmensa; eso, sin embargo, es psicología social en un sentido amplio, psicología nacional más bien que psicología de la multitud. La «rabia» de esos ejércitos amorfos es, en muchos casos, apetito; ¿y no es ese el refugio de todos los aberrantes de la sociedad, de todos los inadaptables, en las horas de sacudimientos populares? El que vive en mala situación material—porque no le está permitido ó no es capaz

de vivir en una mejor—es el elemento principal de todas las revueltas y revoluciones. ¿No presenta la historia un desfile interminable de ejemplos que comprueban esta verdad?

Ramos Mexía establece «diferencias biológicas» entre las multitudes de la ciudad y de la campaña; mejor pudo haberlas llamado «diferencias psicológicas» entre la población mediterránea y la población interior. Pero, sin duda, más útil hubiera sido estudiar las bases de esas diferencias que residen, sobre todo, en las diferencias de evolución sociológica, determinadas por la distinta acción de los factores cósmicos y sociales. En esa lucha memorable de la civilización y la barbarie, se ve la resistencia de un régimen contra otro régimen en formación; las diferencias psicológicas pertenecen á la superestructura del organismo social y dependen de las instituciones de orden material que le sirven de base, de la misma manera que las funciones psicológicas del individuo dependen de las condiciones materiales de su organismo.

La tiranía de Rosas tiene, sin duda, un génesis económico; eso, con el tiempo, parecerá una verdad perogrullesca, aunque hasta ahora no se ha estudiado ese momento histórico de tal manera que permita su comprobación incontrovertible. El propósito económico que animó á los pobladores de la campaña para iniciar sus correrías primero y sus montoneras más tarde, está incidental é involunta-

riamente señalado en algunas frases del capítulo sexto (pág. 219 á 221).

La filogenia del *caudillo* es una página admirable por su verdad psicológica; difícilmente pudiera habérsela sintetizado mejor. El episodio de los unitarios que «han manchado la historia» está muy en su sitio; es de un intenso poder sugestivo para evocar el estado del ánimo popular en aquella época.

Por otra parte, la controvertida época de la tiranía no ha sido aún sometida á serio é imparcial análisis; aun está esperando su historiador. Acaso Ramos Mexía lo sea en la obra que promete; por lo menos es de esperarlo, dado su indiscutible talento é ilustración, si no se encarrila por sendas resbaladizas, como la que lo ha atraído á estudiar las multitudes con resultados tan inferiores á los que de su reputación podían esperarse.

Respecto de las multitudes en los tiempos modernos, el criterio del autor es vago. Página excelente y de mucha verdad la que pinta la asimilación del inmigrante italiano á la sociedad argentina; bien observada la fabricación del sentimiento patriótico mediante artificios de educación; sabias muchas consideraciones sobre la psicología del porteño. Es erróneo, sin embargo, considerar suficiente el estudio de las multitudes que en ciertas circunstancias se forman en la capital, como si fueran el tipo de la multitud argentina moderna: basta na-

ber veraneado en una estancia para conocer el abismo que existe entre la psicología del porteño y la del provinciano; y con unidades psicológicas de diversa naturaleza no se tendrán multitudes iguales.

Sin insistir sobre las lamentaciones por la falta de multitudes contemporáneas, no es posible dejar de observar lo inoportuno de cierta laudatoria política en el último capítulo: Ramos Mexía se ha propuesto hacer una obra científica y esas cosas no caben en las de tal índole.

Mucho más pudiera decirse de esta obra; el elogio tendría vasto campo de aplicación si se quisiera penetrar en el estudio de muchas y muy buenas observaciones de detalle.

Si se desprende de ciertas equívocas doctrinas importadas y emprende, con la guía única de su talento y sus conocimientos, la tarea de estudiar la época de Rosas, la historia nacional contará quizá con una obra sólida y completa de aplicación del criterio científico, que sería la primera. *Las Multitudes Argentinas* ha resultado una tentativa inteligente y hermosa, pero deficiente.

La Ciudad Indiana. ⁽¹⁾

- I.—Severidad del método y unidad de criterio.
 II.—Las condiciones económicas de la evolución colonial. III.—Los rasgos salientes del régimen. IV.—Formación de la mentalidad argentina.

(1) Publicado en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, 1900.